LIBERTAD Y DETERMINISMO EN LA NOVELA PICARESCA ESPAÑOLA

En 1918 Américo Castro, en el prólogo a la edición Nelson de *El Buscón,* de Quevedo, escribió que «la vida canallesca de Pablos parece impuesta por la ley de herencia». Leo Spitzer salió al paso de esta afirmación y señaló que no se halla ahí ninguna observación en el sentido: de tal palo, tal astilla, que «el joven caballero de industria se aparta de sus padres desde el primer capítulo, y que el niño no es sólo fruto y resultado, sino individuo con una actividad propia» (1).

En su artículo de 1935, «Perspectiva de la novela picaresca», Castro respondió que, aunque su propia expresión había sido poco exacta, la afirmación de Spitzer era inexacta. Que él nunca había pensado en el sentido moderno de herencia, como, por ejemplo, en los *Espectros,* de Ibsen, donde éste pretende probar que las dolencias físicas y morales se heredan. Observó que la novela picaresca «no pretendía salvar tales engendros, sino flamear ostentosamente su humana invalidez». Para él, la condición del pícaro es de tal modo necesaria y evidente, que todos sus ensayos para mudar de vida resultarán por fuerza fallidos. Concluye precisando que cuando habla de herencia se refiere a que, «en la novela picaresca, el personaje central aparece previamente situado mediante un hereditario determinismo, prensado dentro de una clase moral, de la cual no podrá salvarse. Los actos del pícaro demuestran *a posteriori* que todo acontece como era de esperar, dada su ejecutoria negativa» (2).

Como el mismo Castro generalizó su tesis a toda la novela picaresca y mencionó concretamente a Lazarillo, Guzmán y Pablos, la polémica quedó abierta para que otros investigadores se hicieran cargo del problema. Las posiciones de Spitzer y de Castro, aunque diversas,

---

(1) Leo Spitzer: «Zur Kunst Quevedo's in seinem *Buscón*», en *Archivum Romanicum,* XI [1927], p. 550. Cito aquí los pasajes traducidos por A. Castro en «Perspectiva de la novela picaresca», en *Hacia Cervantes,* Ed. Taurus, Madrid, 2.ª ed., 1960, p. 117.

(2) A. Castro: «Perspectiva de la novela picaresca», art. cit., p. 118.

rechazaban la interpretación vigente entonces, procedente de la obra de F. W. Chandler: *The Picaresque Novel in Spain,* según la cual tales novelas son, en primer lugar, estudios de costumbres, no de caracteres, y en segundo lugar, son esencialmente obras de entretenimiento, en las cuales el interés moral no es esencial. Como esa posición se había convertido en tópico, no se planteó verdaderamente el problema hasta los estudios de Castro y Spitzer. Asunto importante, sobre todo si se tiene en cuenta, como procuraré mostrar en este trabajo, que la dualidad «libertad-determinismo» es un elemento propio y acaso esencial en la vida del protagonista de novelas picarescas. Como esa dualidad está ya manifiesta en el *Lazarillo de Tormes* y, en su seguimiento, pero respondiendo a la naturaleza misma del género, en las demás, parece útil analizar el problema en algunas de las más notorias novelas de esta clase, para mostrar que, como sucedió con la mayor parte de los caracteres del género, también éste ha sido aportado por el *Lazarillo.* Para tener una idea de la novedad de esta oposición en la novela moderna conviene comparar las circunstancias del nacimiento de Lázaro con las que rodearon al nacimiento del héroe modelo de las de caballería: *Amadís de Gaula.* Esta comparación es pertinente, porque de todos los otros géneros narrativos del siglo XVI, la novela caballeresca es la única en que importa realmente el nacimiento del héroe y sus primeros pasos por el mundo. La vida heroica de Amadís está predeterminada desde la cuna. Urganda, la Desconocida, en el capítulo segundo, le dice a Gandales:

> Dígote de aquel que hallaste en la mar, que será flor de los caballeros de su tiempo; éste hará estremecer los fuertes, éste comenzará las cosas e acabará a su honra en que los otros fallescieron; éste hará tales cosas, que ninguno cuidaría que pudiesen ser comenzadas ni acabadas por cuerpo de hombre; éste hará los soberbios ser de buen talante; éste habrá crueza de corazón contra aquellos que se lo merecieren; e aun más te digo, que éste será el caballero del mundo que más lealmente manterná amor e amará en tal lugar cual conviene a su alta proeza; e sabe que viene de reyes de ambas partes (3).

No hay un problema libertad-determinismo o libertad-destino en el *Amadís de Gaula* porque el destino del héroe está ya prefijado y ninguna circunstancia externa o interna podría cambiarlo. Muy otras son las características que rodean al nacimiento de Lázaro: Nace por casualidad en la aceña del río Tormes, mientras su madre trabaja,

(3) *Amadís de Gaula,* Ed. Porrua, México, 1969, p. 14.

y pronto los vientos contrarios comienzan a moverlo con sus bandazos. La pobreza apenas si les permite sobrevivir. Empleando una expresión cara al existencialismo contemporáneo, pero en un sentido vital, se puede decir que Lázaro, desde el momento de su nacimiento, se encuentra «arrojado en el mundo», sin comprender las fuerzas poderosas que lo empujan o lo detienen, y sin una regla segura a qué atenerse en su conducta, excepto la que aprende de su madre de arrimarse a los buenos para poder llegar a buen puerto. El héroe caballeresco nace a la heroicidad directamente desde el vientre de su madre, mientras que el protagonista picaresco se convierte en pícaro en un determinado momento, que llamaré con Gustav Alfaro «despertar del pícaro» (4). Como los factores determinantes de este despertar pueden ser diversos, se nos plantea el problema de si es la necesidad lo que impele al muchacho a hacerse pícaro, o bien su decisión procede de un deseo espontáneo, sin presión interna o externa. Este problema implica la presencia de lo social, sobre todo de la educación y de un cierto sistema de estratificación en que el personaje se mueve; de lo biológico psicofísico, es decir, de la herencia, y de una posible fortuna o *fatum* que eventualmente pulverizara las oportunidades del pícaro para regenerarse. Teniendo en cuenta que, de los tres factores citados, sólo lo social está siempre presente y es indiscernible de la vida del pícaro, es conveniente aclarar aquí que, cuando me refiero a un dualismo libertad-determinismo, que puede ser libertad-destino o fortuna, no aludo a una aporía metafísica, sino a un dualismo en cuanto manifiesto en cada circunstancia concreta de la vida del personaje, en cuanto que él tiene que hacer su vida en relación con otros, es decir, en una situación social. Ambos términos del dualismo no pueden ser aquí absolutos, sino sólo relativos.

EL «LAZARILLO DE TORMES»

Al principio del *Lazarillo de Tormes* nada se nos dice de un posible destino futuro del muchacho. Sabemos que éste se encuentra un buen día hijo de Tomé González y de Antona Pérez. Es un niño normal, sin taras congénitas. Podemos decir entonces que en el momento de su nacimiento no hay nada escrito en la página de la vida de Lázaro, como lo estaba en la de Amadís. Lo que sucede a Lázaro lo es en un contexto social. Lo social se le manifestará

(4) Gustav Alfaro: «El despertar del pícaro», en *Romanische Forschugen*, 80. Band, Heft 1 [1968], pp. 44-52.

en adelante, ya como facilidades que el muchacho encontrará para hacer su vida, ya como dificultades u obstáculos. La respuesta de Lázaro a las resistencias sociales será, o bien el abandono, la resignación, la renuncia a la lucha, es decir, el triunfo del determinismo; o bien la resistencia, la oposición a ese determinismo, en otras palabras, la expresión de la libertad de Lázaro.

En el segundo artículo citado, el profesor Américo Castro empleó la expresión «clase moral» como aclaratoria de su anterior «hereditario determinismo». Sin embargo, la nueva expresión conduce más bien a confusión, ya que, si se rechaza el determinismo psicofísico, de linaje postivista, como el señor Castro hace al negar expresamente la afinidad de su posición con la de Ibsen, sólo queda el determinismo social para explicar que el pícaro no pueda escapar de una cierta clase moral. El parece querer evitar cualquier explicación que pueda darse desde la perspectiva de la ciencia actual (herencia o determinismo social), y prefiere una explicación desde la perspectiva de ideas de la época en que los libros fueron escritos. El pícaro nace dentro de una cierta clase moral y, al final de una vida de engaños y desconciertos, se encuentra todavía en ella como entre las dos planchas de una prensa, sin poder salir. La vida del pícaro está predeterminada, como la de Amadís, no a realizar hazañas, sino a llevar la vida moral de sus padres. Por eso no hace falta decir «de tal palo, tal astilla», porque eso se supone.

Entre los estudios en que se ha tratado el problema (5) hay uno de Roland Grass, de 1959, en que se defiende la posición determinista. Dice que «*Lázaro was forced into a picaresque life. He did not have a choice like Guzmán and he was not motivated by a strong desire to cover up for his bad family background like Pablos*» (6). Lázaro fue empujado por su madre hacia el ciego; por éste, al hambre y a una actitud materialista; luego hacia el clérigo y, finalmente, hacia el escudero. Sin embargo, en presencia del escudero, Lázaro desarrolla una actitud de compasión que a veces se convierte en verdadero altruismo. Aunque la presión determinista es muy grande, Lázaro manifiesta una actitud ascendente, liberadora, que pudo llevarlo a una vida no picaresca. El profesor Grass señala que en la novela hay la sugerencia de lo que Lázaro pudo haber sido en otras circunstancias.

La tesis determinista ha sido defendida posteriormente por Jean-Paul Borel, aplicando ciertas ideas de la filosofía de Ortega y Gasset.

---

(5) Sherman Eoff da una rápida síntesis de las posiciones anteriores en su artículo «The Picaresque Psychology of Guzmán de Alfarache», en *Hispanic Review*, vol. XXI [1953], 107-119.

(6) Roland Grass: «Morality in the Picaresque Novel», en *Hispania*, XLII [1959], 196.

Al ocuparse del concepto de «libertad» establece cinco condiciones o requisitos para que la libertad se realice: 1.º) existencia de varias formas de vivir, entre las cuales se pueda elegir; 2.º) existencia social de ellas, es decir, tipos que se puedan observar en la realidad social y adaptar a una situación y un temperamento individuales; 3.º) ni equivalencia total ni disparidad extrema entre ellas; 4.º) posibilidad efectiva de ver esos varios modos de ser, de comprenderlos, de entender su significación, de prever su desarrollo y sus consecuencias; 5.º) posibilidad personal (material, social, intelectual, etc.) de elegir uno u otro. Al aplicar este concepto a Lázaro dice: «Teóricamente, Lázaro puede elegir entre varias formas de vivir, no sólo material, sino también espiritualmente. Sin embargo, nunca lo vemos vacilar entre ellas. ¿Por qué? Porque ninguno de los requisitos de la libertad está [...] realizado» (7). Lázaro sólo conoce un mundo, el suyo, basado en el egoísmo, la lucha de cada uno por su provecho o su mera existencia. Ese es un mundo seguro y comprensible. Es la coherencia de su mundo utilitario y materialista lo que le impide ver otros mundos, a los que corresponderían otras formas de vivir. Tampoco hay elección libre posible, porque en un mundo homogéneo el interés material es criterio absoluto e indiscutible. Su educación le ha hecho incapaz de vivirlas. Aunque Borel reconoce que un individuo puede elevarse a veces de la total abyección a un vivir superior *contra* su naturaleza y contra el universo coherente en que viven, esos casos son excepcionales y fuera de lo normal. Lázaro es un sujeto sin experiencias excepcionales, y esto es lo que hace de él algo como un paradigma del ser hombre (pobre) a principios de la Edad Moderna. El profesor Borel, evidentemente, fija tan altos requisitos para la realización de la libertad, que no es sorprendente no se den para Lázaro. Su error está en haber partido de un previo concepto de «libertad», como realización efectiva de una vida planeada, con conocimiento pleno de las posibilidades sociales, hasta de su tipología, sin presiones que le impidan la elección entre ellas. No parece haber advertido que la libertad —excluida, desde luego, toda posible libertad metafísica— es primariamente un hecho de experiencia, se da en la vida concreta de un individuo, en los instantes de ella y, aunque se puedan derivar de ahí conceptos, no puede procederse al revés. El método correcto aquí es el inductivo, es decir, partir de los momentos de la vida de Lázaro que conocemos para establecer si hay o no expre-

(7) Jean Paul Borel: «La literatura y nosotros (Otra manera de leer el *Lazarillo de Tormes*)», *Revista de Occidente*, año V, 2.ª época, núm. 46 [1967], 88-89.

siones de libertad y en qué plano se dan. Más adelante trato de mostrar que, no sólo en el orden material, sino también en el moral, se dan tales expresiones.

La tesis determinista ha sido defendida recientemente por Fernando Lázaro Carreter. Señala que en el *Lazarillo de Tormes* «parece existir un grave compromiso moral entre el autor y la tesis del irremediable destino que aguarda a un mal nacido, y una actitud crítica» (8). Menciona un pasaje del *Arcipreste de Talavera* y otro del *Crotalón* en apoyo de la tesis de que el de vil linaje siempre volverá a la vileza de donde desciende y de que de tales padres no pueden salir sino tales hijos. Esta era —dice— la creencia general de la época. Junto a esta tesis habría «algunas referencias críticas a una sociedad injustamente organizada». Para Lázaro Carreter, la sociedad es la que determina la vida de Lázaro y lo lleva a la actividad picaresca primero y a la deshonra después. Adopta, pues, una posición cercana a la de A. Castro, pero completándola. Hay algo hereditario y algo adquirido o social. Lázaro se encuentra determinado en parte por la herencia, que lo hace recaer en la vileza moral de sus padres, y en parte por la sociedad, que lo mantiene sumergido. Lo que da más fuerza a esta tesis es que apela a la tradición literaria, es decir, busca una explicación sin salirse del mismo ámbito literario. El fallo parece estar en que no analiza el tema inductivamente, es decir, en los distintos momentos de la vida de Lázaro. El hecho, aceptándolo como tal, de que esa sea la creencia de la época, no prueba nada en cuanto se trata de una obra en tantos respectos innovadora como el *Lazarillo*. Es necesario probar, con los distintos momentos de la vida de Lázaro, que se sigue la creencia de la época o no, sobre todo cuando esa creencia de la época se convierte en una tesis.

Bruce W. Wardropper, en un artículo de 1961, adoptó una posición más bien contraria, poniendo de relieve la libertad del protagonista. Para él el libro todo es un ensayo por investigar las consecuencias sociales y personales de una moral pervertida (9). Wardropper señala, sin embargo, que «la novela nos enseña la corrupción moral de un muchacho fundamentalmente bueno. Su integridad, su honradez (esencial, si no formal) quedan desmoronadas por la fuerza de la hipocresía universal» (10). Lázaro se va haciendo hipócrita poco a

---

(8) F. Lázaro Carreter: «Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*», en *ABACO*, I, Ed. Castalia, 1969, p. 66.

(9) Bruce W. Wardropper: «El trastorno de la moral en el Lazarillo», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV, 444.

(10) B. W. Wardropper, art. cit., 447.

poco, es decir, va adoptando la immoralidad corriente, aunque dentro de ciertos límites. También esta tesis es general y no analiza la obra en detalle.

En el *Lazarillo de Tormes* se pueden distinguir varias etapas en la vida del protagonista. La primera, que va desde su nacimiento a su despertar como pícaro, cuando el ciego le da el golpe contra el toro de piedra, en Salamanca (11); luego la época propiamente picaresca, deambulatoria, inestable, en que pasa de amo a amo, hasta el momento en que el arcipreste de San Salvador lo hace casar con su sirvienta. Finalmente, su época estable de marido consentidor satisfecho, cumbre de su buena fortuna, en que se encuentra al escribir la carta autobiográfica. En cuanto a la primera etapa no hay referencia a ninguna tara congénita que pueda mostrar en el niño Lázaro ninguna tendencia a la maldad o al dolo. Algunas desgracias familiares le van afectando hasta convertirlo en un muchacho que hace de mandadero en el mesón de la Solana, donde sirve su madre. Hasta el momento en que pasa a ser lazarillo del ciego no ha mostrado ninguna propensión hacia lo picaresco, a pesar de que ya era «buen mozuelo». Su despertar, ya que antes, según su expresión, había estado como dormido, y su conversión en pícaro tienen efecto junto al ciego, quien le enseña el arte de sobrevivir a cualquier precio. El ejercita y perfecciona este arte en su deambular junto a diversos amos. En este período, sin embargo, recibe numerosas lecciones de orden moral de acuerdo al viejo precepto pedagógico de que «la letra con sangre entra». Así, el ciego lo castiga numerosas veces cuando Lázaro le roba, como cuando le bebe el vino del jarro y le hurta la longaniza. El mismo clérigo de Maqueda lo despide al descubrir que Lázaro era quien le robaba los bodigos. Mientras deambula pidiendo limosna, tiene experiencia de la caridad de la gente. Sobre todo en la época en que vive con el escudero es objeto de la caridad de las mujercitas que habitan en la casa vecina. Por eso, cuando el alguacil quiere apresar a Lázaro al huir el escudero, ellas dicen que «el pecadorcico se llega aquí a nuestra casa y le damos de comer lo que podemos, por amor de Dios» (12). Como sus amos o son avarientos o no tienen qué comer, Lázaro recibe lecciones contra la gula que él no toma sólo en su lado negativo: tacañería de los amos, como lo prueba este pasaje de su conversación con el escudero:

---

(11) Gustav Alfaro, art. cit., 44-45.

(12) «La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades», en *La Novela Picaresca Española*, I, edición, introducción y notas de Francisco Rico, Ed. Planeta, Barcelona, 2.ª ed., 1967, p. 65. (En adelante citaré así esta obra: *L. T.)*

—Señor, mozo soy, que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales, por de mejor garganta, y ansí fui yo loado della fasta hoy día de los amos que yo he tenido *(L. T.*, p. 45).

Aunque el pasaje es irónico, muestra que Lázaro sabe que la templanza es una virtud, aunque, en su caso, sea forzosa. Desde luego, los ejemplos morales negativos son casi permanentes, y él sigue la regla equívoca que le dio su madre: arrimarse a los buenos (13). Trata de sobrevivir a cualquier costo, pero, hasta el momento de encontrarse con el arcipreste, no siempre sigue su provecho: Tal el caso del escudero, con quien se queda porque le despierta lástima, aunque podría estar mejor, materialmente, con cualquier otro amo. Su utilitarismo, aun a costa de lo moral, es la lección que aprende del arcipreste, y que inicia su última etapa, la de medrador. Resulta claro que durante la época en que Lázaro lucha por sobrevivir no puede elegir entre un camino moral u otro. Tiene que hurtar al ciego y al clérigo de Maqueda para matar su hambre, tiene que mendigar para vivir junto al escudero, y aun callar, cuando comprueba el engaño del buldero, que es su amo y le pide obediencia. La única elección posible es la de abandonar a algunos de sus amos, como lo hace con el fraile de la Merced en el tratado cuarto, o con el alguacil, en el séptimo. Pero su situación es diferente en el caso de la relación de su mujer con el arcipreste. Es ésta la primera ocasión en que Lázaro tiene posibilidad de opción sin el temor al hambre; por eso, el arcipreste trata de convencerlo, diciéndole: «no mires lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho» *(L. T.*, p. 79). Un crítico ha señalado que éste es un consejo inútil, porque Lázaro nunca ha hecho otra cosa. Esto es verdad sólo en parte, pues antes Lázaro estuvo constreñido casi permanentemente por la necesidad. Esta es la primera vez en que él no está obligado realmente a aceptar la propuesta. Pero, irónicamente, en el momento en que Lázaro puede elegir, optar entre dos posibilidades sin quedar en situación indigente, de hambre, o empujado por la fuerza material, él opta por la deshonra y la hipocresía, pues ahora sólo le interesa medrar. Mientras la etapa deambulatoria está caracterizada por un marcado determinismo físico del medio externo, la nota dominante en Lázaro es la lucha, la resistencia. Lázaro no se somete, y cuando descubre ciertas «cosillas» moralmente censurables en el fraile de la Merced, lo deja. Hay un ademán de liberación aquí, como en el caso del escudero, aunque la presión de la necesidad física

(13) B. W. Wardropper, art. cit., p. 442.

es muy grande. Cuando la presión de la necesidad física disminuye, Lázaro ya elige, como cuando, viéndose con algún dinero, decide salir de la ocupación de aguador que realiza a medias con el capellán. Pero es al comienzo de la última etapa de su vida cuando ya la presión física se ha hecho mucho menor, o sea, cuando sus posibilidades de elegir libremente se han incrementado notablemente, que Lázaro entrega su libertad por el plato de lentejas y se abandona a los hechos, a lo que le da provecho material, aunque ya no necesite hacer eso para vivir. Es entonces cuando renuncia verdaderamente a la lucha. Lázaro, que ha sabido tan bien luchar por su libertad física, por su independencia económica, se encuentra como perdido cuando tiene que usar de su libertad moral. Acepta la corrupción ambiente y se integra a la sociedad como «hombre de bien». La tesis de Wardropper es correcta en este punto, pero ignora el determinismo, la presión social, que caracterizan a la vida de Lázaro en su primera y segunda etapas. Libertad y determinismo se dan como elementos permanentes en su vida, aunque las dosis relativas varían, precisamente, porque su historia es la historia de una lucha permanente contra la adversidad. Por eso puede decir con cierta fanfarronería al final del prólogo:

> ... consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto *(L. T.*, p. 7).

Su derrota final, a manos de su mujer y del arcipreste, es aceptada voluntariamente por él, que no necesita ya de esa boda ni de ese protector para poder decir que había salido a buen puerto, pues ya es pregonero acreditado cuando el arcipreste hace de tercero entre él y su sirvienta. Precisamente es por su buena vida presente por lo que el arcipreste se interesa en la boda: «En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de Sant Salvador, mi señor, y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya» *(L. T.*, p. 78). Creo que es la larga interpolación apócrifa que aparece en el tratado primero de la edición de Alcalá, en que el interpolador pretende acentuar el carácter de zahorí del ciego haciéndole predecir el futuro de Lázaro como pregonero y marido engañado, lo que ha sugerido un cierto carácter de *fatum* en el desenlace de su vida. Pero el autor sólo había puesto en boca del ciego, por la frecuencia con que solía emplear el vino para curar a Lazarillo, la si-

guiente frase jocosa: «Yo te digo —dijo— que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú» *(L. T.*, p. 25). Lo que Lázaro comenta en tono de admiración, por la agudeza de aquél: «Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y después acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debía tener espíritu de profecía.» La ausencia de don profético queda subrayada al final del mismo tratado, cuando Lázaro le hace golpear contra el poste «porque Dios le cegó en aquella hora el entendimiento», es decir, porque no pensó en ese momento con la claridad y agudeza habituales.

EL «GUZMAN DE ALFARACHE»

El tema de la libertad y el determinismo ha sido tratado con bastante detalle por los críticos, sobre todo en relación con el problema religioso de la predestinación, el libre albedrío y la gracia. En actitud opuesta a la de A. Castro, Angel Valbuena Prat señaló en 1943 que «la lucha entre la tentación y la llamada de la gracia se presenta continuamente en la novela, en la época en que los debates de nuestros teólogos eran cosa viva» (14). Agrega Valbuena que Guzmán tuvo la oportunidad en diversas ocasiones de superarse y redimirse, aunque él la desaprovechó. Esta tesis apunta ya a una interpretación religiosa y sugiere la condición libre de Guzmán, que pudo elegir entre el bien y el mal, aunque prefirió a lo largo de su vida el camino fácil del vicio. Según este crítico, en la tercera parte de la obra, que Mateo Alemán no escribió, se nos habría presentado la etapa del Guzmán convertido.

En su libro sobre la *Lección y sentido del «Guzmán de Alfarache»*, Enrique Moreno Báez señala que son los escritos de Valbuena sobre el tema los que le han incitado a realizar sus propias investigaciones (15). En efecto, la posición de Moreno Báez es como un desarrollo y profundización de la de Valbuena, pero también de las de Herrero García (16) y de Maldonado de Guevara. La tesis de Alemán en la obra es la siguiente, según Moreno Báez: 1) Los hombres somos iguales en el pecado, todos pecamos, y el pícaro no es una excepción; 2) el origen del pecado en los hombres es el pecado original, que nos ha privado de ciertos dones, entre ellos de los dones de la inte-

---

(14) Angel Valbuena Prat: *La novela picaresca española*, Ed. Aguilar, Madrid, 1962, 4.ª ed., página 233.

(15) Enrique Moreno Báez: «Lección y sentido del *Guzmán de Alfarache*», en separata de la *Revista de Filología Española*, anejo XI, publicado por CSIC, Madrid [1948], p. 58.

(16) Miguel Herrero García: «Nueva interpretación de la novela picaresca», en *Revista de Filología Española*, XXIV [1937], pp. 343-362.

gridad, que supone en nosotros ignorancia en el entendimiento, malicia en la voluntad y flaqueza para resistir la ira y la concupiscencia; 3) todos podemos salvarnos, independientemente de nuestro estado; por lo tanto, también el pícaro; 4) la pintura del pícaro Guzmán muestra el envilecimiento a que éste llega, movido de su inclinación, pero sin coacción ni necesidad, y en ejercicio de su albedrío. Este, en la novela, tiene dos oportunidades de mejorar su vida, que desaprovecha, lo que muestra que la Providencia divina no olvida a Guzmán. Pero las pasiones disminuyen poco a poco su libertad, aunque no totalmente; 5) todos estos sucesos están regidos por la Providencia, que los dispone para un determinado fin. Ella provee los medios para la salvación distribuyendo trabajos y castigos; 6) finalmente, «Dios, con su gracia, ilumina el entendimiento y ayuda a la voluntad de Guzmán para que venga en conocimiento de su pecado, pueda hacer acto de contrición, merezca y se justifique» (17). Esta tesis, al hacer depender completamente el sentido de la obra de lo religioso, deja de lado o quita toda importancia a los factores sociales. La situación de Guzmán no es distinta, en su conjunto, porque él haya nacido de una traición de su madre, de la que él se entera, ni porque él comience sus andanzas picarescas desde abajo, y suba y baje en la escala económico-social mediante engaños o trabajos. Al no aparecer lo social sino como marco donde Guzmán actúa, pero marco pasivo, Moreno Báez puede negar terminantemente la presencia de cualquier determinismo en la obra. Esto puede ser así porque él separa a nuestro pícaro del contexto en que vive y que forma, sin embargo, una unidad indiscernible con él.

En un artículo de 1953, Sherman Eoff hace un análisis del *Guzmán de Alfarache* aplicando el método psicológico, tal como A. A. Parker y T. E. May habían hecho con el *Buscón*. Su posición es la siguiente:

> *In short, the «psychological» story of Guzmán is that of a person who, heavily conditioned by his environment, aspired always to a comfortable and privileged position in society, resorts to subterfuge as a means of attaining his goal, rationalizes his moral disorderliness in the name of necessity and current social practices, develops pride in his expert chicanery as compensation for his inferiority, and reached eventually a culminating point of greed, shamelessness, and buffonery* (18).

Destaca Eoff la «conformidad social» de Guzmán, que le lleva a aceptar el orden social establecido y a congraciarse con los que tie-

(17) Enrique Moreno Báez, ob. cit., pp. 52-72.
(18) Sherman Eoff, art. cit., p. 114.

nen posición de poder dentro de la sociedad. Como Guzmán es un ambicioso, pero al mismo tiempo es un débil de carácter, elige una vida de engaños y robos. Finalmente, racionaliza esa debilidad adoptando una actitud cínica. El atribuye entonces sus desórdenes a falta de disciplina en su niñez, a malas compañías, a debilidad de la naturaleza humana, a su mala fortuna, a la necesidad y a la corrupción de la sociedad. Eoff comenta que «el hambre, la corrupción y la mala distribución de la riqueza y el privilegio pueden ser causas fundamentales que residen en la base de *la picardía,* pero que ellos son meramente el punto de partida para una psicología del pícaro» (19). Las causas o circunstancias son usadas como excusas por Guzmán. En una reacción compensatoria, afirma su individualidad burlando el *honor* que él no puede alcanzar. Guzmán muestra la psicología de uno que falla socialmente debido a su fútil intento de ocupar un lugar aceptable en la sociedad por medio de mañas y bravatas (20).

Este análisis acepta la presencia de un cierto determinismo social, sobre todo en la primera parte de la vida de Guzmán, en el sentido de haber hecho de él un malcriado. Luego, en la medida en que Guzmán va entrando en la vida picaresca, se va autojustificando y renunciando a asumir cualquier responsabilidad. Voluntariamente, por ejemplo, abandona la picardía de las calles para entrar al servicio de un cocinero en la segunda parte del libro primero. Más tarde, encontrándose en buena situación económica, se hace *mohatrero,* y por seis años lleva una vida estable. En varias ocasiones, por lo tanto, usa de su libertad y cambia de vida, al menos parcialmente.

Aunque la posición de Eoff parece correcta en general, resulta muy estrecha, pues falla al considerar la parte no narrativa de la obra: el *consejo,* como expresando exclusivamente «una virulenta crítica social que revela las propias ambiciones frustradas del autor». Esto hace que deje de lado completamente el aspecto religioso de la obra, tan importante en la segunda parte de 1604, como mostró Moreno Báez.

Roland Grass, siguiendo la posición de Fonger De Haan, dice que «de suma importancia al considerar el significado moral del *Guzmán de Alfarache* es el hecho de que Guzmán tuvo elección; él no se vio obligado a hacerse pícaro» (21). Pero, una vez que Guzmán ha hecho su elección, descubre que es incapaz de cambiar. Esto se debe parcialmente a una genuina atracción que la vida picaresca tiene, pero sobre todo a lo que puede llamarse inercia del mal. Una vez que se ha embarcado en la ruta del mal, no puede detenerse hasta que alcanza

(19) Sherman Eoff, art. cit., p. 116.
(20) Sherman Eoff, art. cit. p. 119.
(21) Roland Grass, art. cit., p. 195.

los límites últimos de la degradación. El tiene amplias oportunidades de cambiar de vida, pero es incapaz de hacer el cambio. Grass concluye que, sin embargo, cerca del final de la segunda parte de la novela comienza a lamentar la senda que ha tomado. Luego se refiere a la conversión religiosa final. En síntesis, esta tesis sostiene la existencia de una libre decisión al hacerse pícaro; luego la presencia de un cierto determinismo, en cuanto el mal, por inercia, genera más mal, y, finalmente, la liberación o conversión religiosa. Omite, sin embargo, un análisis de los distintos momentos en que Guzmán tiene que hacer uso de la facultad de decisión, teniendo en cuenta la mayor o menor presión del mundo circundante.

Gustav Alfaro, al ocuparse del «despertar» de Guzmanillo, señala que cuando éste se queda con sus últimos maravedís, confiesa que por primera vez vio «a la necesidad su cara de hereje». Comenta el crítico que «no es sorprendente, por lo tanto, que Guzmán reaccione como Lazarillo y tenga su misma iluminación» (22). Es la necesidad, en consecuencia, la que empuja a Guzmán a convertirse en pícaro. Pero Guzmán termina por gustar de la vida picaresca y hasta llega a elaborar una especie de filosofía picaresca. Sus elogios de la picaresca son, en adelante, permanentes. Voluntariamente, en uso de su libertad personal, Guzmán elige la vida picaresca. El pícaro va aquí desde la necesidad a la libertad volitiva. Obra así en esta etapa porque quiere. Queda, sin embargo, el problema de si, al obrar picarescamente por gusto no está eludiendo la verdadera decisión libre, y sí, en el fondo, no se trata de que obra determinado por sus propias inclinaciones, sujeto a su natural perverso. Nuestras inclinaciones pueden determinarnos tanto o más que el medio físico o social.

Francisco Rico se ocupa tangencialmente del tema de la libertad al insistir en el desgarro íntimo, la duda, como una constante en la vida de Guzmán. Este, en el momento de su abandono de la casa materna, ya tiene ante sí dos caminos y elige la senda más llana, con consecuencias que pronto lamenta. A partir de entonces, «cada etapa de su vida se abre con la necesidad de una opción dolorosa; pero lo grave es que el dilema vuelve a plantearse a cada instante: Guzmán, dueño de sí mismo, debe elegir continuamente, y como una cosa quieren la razón y la fe, y otra cosa piden la voluntad y el instinto, va dando bandazos, en perpetua guerra interior» (23). Subraya el carácter problemático de la vida de Guzmán y, por lo tanto, la presencia de la libertad de indeterminación en cada decisión, pues él es

(22) Gustav Alfaro, art. cit., pp. 45-46.

(23) Francisco Rico: *La novela picaresca y el punto de vista*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1970, p. 73.

«dueño de sí». De esta interpretación parece correcto inferir, no obstante, que al ser Guzmán un alma dividida, que se siente vacilar constantemente entre ponerse «en las manos de Dios» o dejarse llevar «precipitado de sus falsos gustos», como opta constantemente por sus gustos, hasta el momento de su conversión y arrepentimiento, en realidad obra sin deliberación. Como personalidad escindida y abúlica, Guzmán, aunque tiene frente a sí diversas posibilidades de elección, elude en realidad las elecciones y se deja llevar por sus gustos, se desliza por el camino fácil. Esto significa que, aunque dispone de una libertad de indeterminación, no hace uso de ella y vende su libertad a cada instante por el mentado plato de lentejas. El obra no libremente, sino determinado por su mismo natural, su gusto por el mal, su inclinación o como quiera llamársele. Sólo después de su conversión y arrepentimiento él obraría, en verdad, libremente.

En un artículo de 1959, Gonzalo Sobejano se ha ocupado del problema, en actitud polémica frente a Moreno Báez. Para el profesor Sobejano, la finalidad perseguida por Mateo Alemán es:

> ... patentizar cómo un hijo del ocio, entregado a sus apetitos naturales, despojado de toda recta educación y espoleado por la sociedad antes que refrenado por ella, va dando traspiés por el mundo hasta venir a parar a las galeras (24).

Guzmán, a diferencia de Lázaro, «que nunca es ocioso ni abusa de una libertad mal encaminada», reincide continuamente en su ocio y elige siempre la libertad cimarrona, que es su perdición. Al final «puede decir ejemplarmente: mirad qué castigo alcanza quien, como yo, no se unce a la razón, ni ejerce una profesión, ni persigue un fin determinado» (25). Afirma que el *Guzmán de Alfarache,* como ya lo había indicado Maldonado de Guevara, es una novela educativa, de carácter eminentemente pedagógico. Pero él precisa y amplía la tesis a lo social, diciendo que la verdadera intención de la empresa de Mateo Alemán es la «crítica educativa». De esta intención deriva el llamado doble plano de la obra: «ejemplificación del descarrío de un individuo y crítica del descarrío de la sociedad en conjunto». A lo largo de la sección segunda de su artículo («Los dos Guzmanes») muestra cómo Mateo Alemán tuvo que modificar sustancialmente la orientación de la segunda parte, que estaba escribiendo, debido a que

---

(24) Gonzalo Sobejano: «De la intención y valor del *Guzmán de Alfarache*», en *Forma Literaria y Sensibilidad Social,* Ed. Gredos, Madrid, 1967, p. 30.

(25) Mateo Alemán: *Guzmán de Alfarache,* en *La Novela Picaresca Española,* vol. I, edición, introducción y notas de Francisco Rico, Ed. Planeta, Barcelona, 2.ª ed., 1970, p. 667. (En adelante citaré en el texto esta obra así: *G. A.)*

apareció la segunda parte apócrifa, de Mateo Luján. Este, que habría tenido conocimiento de lo que Alemán ya tenía escrito, desarrolló toda su obra de acuerdo a las pautas de la primera parte de Alemán, pero sin entender el propósito fundamental de ésta: hacer un hombre perfecto. Al tratar de apartase Alemán lo más posible del Guzmán apócrifo, se vio obligado a profundizar el destino último de la vida de su personaje: lo eleva entonces a cimas mucho mayores que en la primera parte y lo hace descender a la más íntima de todas las miserias.

> La perspectiva del galeote que cuenta la primera parte —dice— es la de un hombre escarmentado, trabajado por el tiempo, que se duele de no haber abierto los ojos a la virtud cuando en su camino se le cruzó algún alma caritativa. La visión del galeote que refiere la segunda parte rehecha es la del penitente, la del que reconoce con angustia, pero no sin ramalazos de satánica complacencia en el mal, la abyección en que ha ido hundiéndose (26).

En la segunda parte —agrega— sí se incrementa en la obra la consideración de fondo religioso. Rechaza, por lo tanto, la interpretación de Moreno Báez en cuanto aplicable a la primera parte del *Guzmán* porque eso es situarse ya en el punto de vista del desenlace de la historia, no en su intención generatriz. Como él mismo señala, su tesis no invalida, sin embargo, la idea general que preside la de Moreno Báez. No obstante, observa que el pesimismo de Alemán no es enteramente cristiano, sino un pesimismo más entrañado en la condición individual de Mateo Alemán.

En este estudio se pone en evidencia la presencia de la libertad y el determinismo en el *Guzmán de Alfarache,* al afirmar la presencia de lo social y del libre arbitrio. La sociedad aparece aquí más bien espoleando y educando incorrectamente a Guzmán, antes que refrenándolo o haciendo de obstáculo. Lo determina, por lo tanto, más por exceso que por defecto, situación a todas luces contraria a la de Lázaro. El problema no es ya si hay o no libertad en Guzmán, sino cómo usa de su libertad. Guzmán usa de su libertad incorrectamente; de ahí su mal fin en el plano social. Su iluminación, ya siendo galeote, y su arrepentimiento y conversión no sólo hacen posible la salvación de su alma, sino, en este mundo, la liberación moral. De ahí la presencia del contraste de la bajeza física y de la altura moral en el Guzmán de la última etapa.

En *Guzmán de Alfarache,* el determinismo no sólo se manifiesta tanto como determinismo social, empujando y dando alas a las pi-

(26) Gustav Alfaro, art. cit., p. 48.

cardías de Guzmán, sino también como determinismo interno. El se lanza a esa vida y se va despeñando poco a poco, porque tiene inclinación por el engaño (roba sin necesidad muchas veces), por su natural proclive al vicio, a la venganza, a la concupiscencia; siempre sigue su gusto. Esto significa que obra mal, empujado, en parte, por su propia constitución psicofísica. Ejemplos de esto hay a cada paso, como cuando roba al cardenal sin estar movido por el hambre, cuando hace de alcahuete del embajador de Francia o, estando en Milán con dinero suficiente para vivir, roba, junto con su criado Sayavedra y Aguilera, a un mercader. En esta última ocasión, Guzmán dice: «Amigo Sayavedra, ésta es la verdadera ciencia: hurtar sin peligrar y bien medrar». Hay aquí un regodeo en el robo que no proviene sólo del beneficio obtenido. Su conversión, proceso interno, como no podía dejar de ser, significa el vencimiento de su inclinación perversa y, en consecuencia, su transformación en hombre libre moralmente, lo cual coincide con su condición de esclavo material o galeote. Sucede con él lo contrario que con Lázaro, que sólo se convierte en esclavo de su concupiscencia en la etapa final.

Libertad y determinismo son dos términos de un dualismo que está presente en la vida de Guzmán como en la de Lazarillo. Los críticos han analizado con penetración la presencia del determinismo físico e interno y de la libertad religiosa y moral, es decir, trascendente. También han analizado la libertad de indeterminación en las decisiones de Guzmán, la escisión fundamental que lo caracteriza. Diacrónicamente, Guzmán estaría dominado por el determinismo en la etapa de pícaro hasta su conversión. Luego, a partir de ese momento, Guzmán obraría libremente. Su libertad es aquí, sin embago, meramente trascendente, de apartamiento de los bienes gozosos físicos, de renuncia a las vanidades del mundo. Tan inflexiblemente se guía ahora por este criterio como antes lo hacía según el gusto o inclinación. La primera etapa significa el vicio; la segunda, la virtud.

Pero también la libertad y el determinismo se manifiestan sincrónicamente en cada momento de la vida de Guzmán. A esto apunta la observación de Francisco Rico de que Guzmán está como escindido permanentemente. La libertad se manifiesta como posibilidad de elección entre, por lo menos, dos caminos. Pero Guzmán se encuentra a cada momento de decisión como el asno de Buridán, sin saber qué camino elegir. Entonces corta el proceso de deliberación por medio de la acción, aun sin haber llegado racionalmente a una decisión. Obra, es decir, actúa, y la acción supera las dudas. Eso es lo que le sucede cuando sale de su casa para dedicarse a vagabun-

dear. Ni siquiera se provee de lo necesario para el viaje, y se aleja de ella un viernes al anochecer, en mal momento. Al día siguiente, por la mañana, luego de un proceso de dudas, que se inició tan pronto se alejó de su casa, al levantarse del portal en que pasó la noche, dice para sí: «echada está la suerte; ¡vaya Dios conmigo! Y con resolución comencé mi camino; pero no sabía para dónde iba ni en ello había reparado» *(G. A.*, p. 148). La acción, el hecho consumado, le permite eludir una decisión deliberada.

Hay otros momentos en que Guzmán obra compelido por la necesidad, por el hambre. Eso le sucede, por ejemplo, cuando, en el capítulo primero del libro segundo de la primera parte, padeciendo ya hambre y frío, se pone a seguir a dos viajeros en mula con la esperanza de que lo socorran. Entonces comenta:

> Llegamos a la posada juntos, y yo tal que de mí a un difunto había poca diferencia. Pero por granjear un pedazo de pan estamos obligados a salir de paso y olvidar puntillos. Hice más de lo que pude: humilléme, comedíme a servirlos, meterles las mulas en la caballeriza y entrar la ropa en el aposento *(G. A.*, p. 252).

Guzmanillo se ha achicado tanto que sigue a los viajeros como un perrito desamparado, en espera de una palabra de afecto y de un mendrugo para matar su hambre. La elección es aquí imposible, pues sólo tiene un camino frente a sí. La decisión que lo aleja de los viajeros parte de ellos y no del muchacho, a quien le empuja la desnuda necesidad.

En el capítulo cuarto del libro tercero de la primera parte, el mismo Guzmán hace un elogio de la libertad que les es permitida a los mendigos en el uso de los sentidos. En ese momento él es un mendigo. Aunque esa alabanza tiene su punto de ironía, es indudable que es parte de una apología de la libertad de que goza el pícaro. Esta alabanza tiene bastante afinidad con la posición de Cervantes, en quien, como lo señala Gustav Alfaro, «la vida picaresca se presenta en sus aspectos positivos: la libertad, el gusto por la aventura, el color». La libertad significa ahí falta de las limitaciones de carácter social que impiden normalmente a un individuo integrado socialmente, con honra, obrar gozando de los sentidos sin temores, vergüenza, lazos familiares, etc. Es la libertad del individuo marginal, desarraigado, mirado desde un punto de vista idealizador. La vida del pícaro implicaría una liberación del compromiso entre individuo y sociedad, por el cual el individuo entrega parte de su libertad a cambio de los bienes sociales.

El pícaro gozaría de los bienes sociales sin tener que sacrificar su libertad. Contra la opinión de Alfaro, creo que esta apología de la vida picaresca es algo despegado de la totalidad de la obra y aun de la primera parte considerada en sí misma. Ese gozo despreocupado y alegre es más popio de *Rinconete y Cortadillo* que del *Guzmán.*

EL «BUSCON»

Como señalé anteriormente, la polémica entre Spitzer y Castro surgió precisamente en relación con *La vida del Buscón,* de Quevedo. Por lo tanto, la disidencia en cuanto al determinismo hereditario o a la libertad personal se centró sobre todo en relación con el protagonista de esta obra.

A. A. Parker publicó en 1947 un importante ensayo de interpretación del *Buscón* a la luz de la moderna psicología individual (27). Afirma allí que se ha dado demasiada atención al supuesto de que estas novelas reflejan las condiciones sociales predominantes en su tiempo. Se manifiesta de acuerdo con A. Castro en que hay en ellas una forma de rebeldía popular, de crítica de la aristocracia y de las riquezas eclesiásticas. Hay protesta social, pero en un sentido más amplio y significativo. Una combinación de la «protesta económico-social» con el «orgullo» o vanidad en el personaje toca el corazón mismo del problema moral. Dice que:

> *The* pícaro *is both a product of a particular social environment and, as an individual human being, an autonomous moral person —both factors will play their part in the development of his character. The picaresque novel is therefore, by reason of its social emphasis, potentially capable of offering an analysis of character in relation to environment: an analysis in which the individual person is the 'main thing', but in which the social environment exercises a profound influence* (28).

Señala que el análisis de esta relación se puede hacer en dos planos: uno superficial, autoevidente, y otro, más sutil, en la forma de análisis psicológico de los motivos profundos, o sea, que, alcanzando, a través de la mera presión de las circunstancias externas, el centro mismo del conflicto entre el individuo y la sociedad, indaga los motivos íntimos que hacen que el *pícaro* elija ese modo de vida en lugar de otro. El profesor Parker sigue este último camino.

---

(27) Alexander A. Parker: «The Psychology of the 'pícaro' in *'El Buscón'*», en *The Modern Language Review,* vol. XLII [1947], pp. 58-69.

(28) A. A. Parker, art. cit., p. 60.

Acepta, en primer término, la posición de Spitzer de que no se puede hablar aquí de herencia o determinismo, pero sostiene que la relación entre el niño con sus padres es tratada por Quevedo de un modo bastante más sutil. Muestra cómo el muchacho va desarrollando un agudo complejo de inferioridad a partir de la vergüenza que le provoca su origen espúreo, por su identificación con la culpa de su madre, lo cual va incubando una sobrecompensación que le lleva a buscar la venganza contra una sociedad que lo ha humillado desde la niñez. Como Pablos no puede llegar a ser un caballero, su ambición desproporcionada lo empuja a la vida picaresca: Quevedo transforma el «resentimiento social» que Castro ve implícito en el género picaresco en un íntimo problema personal (29). Parker insiste en que la decisión de hacerse pícaro no es repentina, sino que es una resolución deliberada a la que Pablos llega luego de mucho pensar. Quevedo, con esto, lo hace moralmente responsable por su elección. Sintetiza este proceso de torcimiento del carácter de Pablos en estos términos:

> *Attempting, because of a moral weakness that had begun as the fruit of ingrained fear, and that had grown through indulgence in self conceit into the pride of unscrupulous over-confidence, to impose himself upon a hostile society by cunning and fraud, he becomes a socially unadapted person, a moral reprobate, an 'obstinado pecador'* (30).

En este ensayo, aunque se rechaza cualquier determinismo hereditario, se acentúa la presencia de lo social en cuanto elemento codeterminante del carácter del pícaro, ya que la desviación del carácter moral bajo la influencia del medio fue siempre potencialmente de especial significación para el género (31). También insiste en la responsabilidad moral de Pablos, es decir, en su carácter de persona libre, pues Quevedo lo hace moralmente responsable por la elección de sus actos.

Al considerar esta posición detenidamente se nota que Pablos aparece como un personaje carente casi por completo de iniciativa, como un ser que obra sólo por reacción frente a sus semejantes. Hasta su decisión de hacerse pícaro, tan largamente meditada, es un acto reactivo. No se ve así cómo haya podido Quevedo hacer responsable a Pablos por su elección. Que Quevedo creía en la responsabilidad humana en cuanto era un católico resulta obvio; pero esa

(29) A. A. Parker, art. cit., p. 65.
(30) A. A. Parker, art. cit., p. 65.
(31) A. A. Parker, art. cit., p. 67.

responsabilidad está asentada sobre una libertad metafísico-religiosa. En el análisis del señor Parker no se puede hacer uso de ese tipo de libertad, por escapar a cualquier posibilidad de aprehensión en la experiencia. Como su análisis muestra de qué manera se va desarrollando el carácter picaresco de Pablos en cuanto reacción al medio ambiente o interrelación con él, la libertad no tiene cabida dentro de ese esquema, ya que ni siquiera el hecho de que haya Pablos llegado a una decisión después de prolongada meditación convierte su resolución en un acto libre. Si Pablos está presionado en ese momento por la hostilidad de la sociedad, obsesionado por su identificación con la culpa materna, debilitado ya en su carácter y experimentando un fuerte resentimiento contra la sociedad, su decisión es la resultante de todas esas fuerzas, es decir, obra determinado y no libremente. Aunque la libertad del personaje se manifiesta claramente en el marco de la obra de Quevedo, no aparece en el de la interpretación psicologista del profesor Parker, sino sólo como un supuesto metaempírico.

T. E. May, en un artículo de 1950, acepta en lo fundamental la interpretación de Parker, pero considera que la realidad y el significado de la culpa y los sufrimientos concomitantes no pueden ser vistos en la obra, sino dentro de un contexto de creencias religiosas. Cuando Pablos, como novato en la universidad, es torturado por los otros estudiantes, la novela se convierte más claramente en una especie de alegoría experimentada internamente, en la que la vida del hombre es dibujada, sin su elección, de un modo que anuncia para él una profunda verdad acerca de esta vida que él no puede o simplemente no podrá entender ni obedecer (32). Señala luego los puntos de coincidencia que, según él, hay entre los distintos momentos de la pasión, muerte y resurrección de Cristo con los momentos subsiguientes a la novatada. Culpa y condena parecen haber sido para Quevedo una posibilidad que él tenía que enfrentar al final en su imaginación, permitiendo a los hechos de su historia acontecer sin atenuantes. Incluso, dice May, una rápida racionalización podría inferir de ahí la posibilidad de una predestinación al infierno. Porque la historia parece hacer a Pablos un extraviado surgiendo de extraviados, que lo aturdieron en su niñez, haciéndolo incapaz, aparentemente, de reforma (33).

Según May, lo sobrenatural es visto por Quevedo como no solamente presente en el mundo, sino como realmente arrojado en él.

---

(32) T. E. May: «Good and Evil in the *Buscón:* A Survey», en *The Modern Language Review*, vol. XLV, núm. 3 [1950], p. 331.

(33) T. E. May, art. cit., p. 333.

Diego representa la humanidad feliz en el mundo; Pablos la representa en su dolor. Pero este dolor es tomado en un sentido cristiano.

Cuando May considera el momento de la separación de Pablos de su amo Diego, dice que su actitud es la de un hombre que confronta lo que él toma, en un aspecto, como su destino individual, aceptando algo impuesto; en otro, escogiendo libremente (34). El acepta que en una vida mundanal exista verdadero bien en la persona de Diego y de otros como él, pero se rebela contra su papel de sirviente.

En su artículo, May pone de manifiesto la presencia de algo impuesto, forzoso, en la vida de Pablos, y de algo libre. Aquí, sin embargo, libertad y destino parecen dos caras de una misma realidad, en que se reconcilian elección y circunstancia. Sin embargo, cuando interpreta alegóricamente los sucesos de la novatada, Pablos aparece como totalmente pasivo, como sufriendo un destino para el que ha sido creado. La presencia de lo sobrenatural en el mundo quita todo sentido mundano a los actos y anula la posibilidad de libertad de elección.

Peter N. Dunn, al estudiar las relaciones entre individuos y sociedad en el *Buscón,* se manifiesta de acuerdo con la posición de Parker, según la cual «la elección que éste [Pablos] hace de una manera de vivir es consciente y deliberada, cifrada en un intento desatinado de 'valer más', como contrapeso contra la bajeza de sus padres» (35). Pablos realiza acciones premeditadas; su vida es escogida libremente, sin determinismo. Como el error se encierra no sólo en la persona del pícaro, sino también en toda la serie de personas que encuentra en su camino, pues la sociedad es para Quevedo la agregación de individuos y no es una mera abstracción, el pícaro y la sociedad se reflejan mutuamente: «mientras Pablos se ajusta al sector social en que se mueve, la sociedad revela *todo género de picardía.* Esta es la integración final que Quevedo logra» (36). El pícaro no sólo se asimila a la sociedad circundante, sino que la adapta a sus fines propios. No obstante, al final Pablos es consciente de su fracaso, lo que se debe a que él desde el principio se ha empeñado en buscar lo inasequible. En síntesis, Pablos se encuentra en medio de *una sociedad inmoral,* o sea, una agregación de seres unidos por la mala vida. Por lo tanto, no hay conflicto entre individuo y sociedad, porque una vez que Pablos escogió su derrotero libremente, se encuentra viviendo en una sociedad hecha de locura y maldad, con la que él colabora.

---

(34) T. E. May, art. cit., p. 325.

(35) Peter N. Dunn: «El individuo y la sociedad en la *Vida del Buscón*», en *Bulletin Hispanique,* vol. L, I, núm. 3 [1950], p. 378.

(36) P. N. Dunn, art. cit., p. 381.

La responsabilidad de cada individuo y, por ende, su libertad es máxima. En este trabajo se hace hincapié sobre todo en la libertad del protagonista, y no tiene lugar alguno el determinismo hereditario o social. Esto se debe a que la sociedad como tal, o como nosotros la consideramos actualmente, no existe en la obra de Quevedo, de acuerdo a la interpretación de Dunn.

Del análisis del trabajo citado podemos concluir que si se parte exclusivamente de los individuos, resulta obvio que no se encontrará ningún determinismo social. El problema consiste entonces en averiguar si es ésa la concepción de Quevedo de la sociedad; pues cuando se leen las sátiras contra los médicos, escribanos, sastres, etc., en *Los sueños,* los defectos de que se burla parecen más bien aquellos propios de las diferentes profesiones o, al menos, anejos a ellas, antes que imputables a los individuos como tales. La posición de Dunn es casi indefendible en este respecto.

Un estudio completo del tema de la libertad y el determinismo en el *Buscón* muestra que hay momentos en los que Pablos carece de libertad de acción, como en el episodio de su niñez, en que, elegido rey de gallos, sufre la ira de las berceras (37), o más tarde el hambre en la casa del licenciado Cabra *(E. B.,* p. 1086 y siguientes). En otros momentos, Pablos elige un camino sin estar presionado en un sentido u otro. Por ejemplo, Pablos rehúsa, al separarse de su amo, don Diego Coronel, el ofrecimiento de éste de colocarlo con un buen amo *(E. B.,* pp. 1100-1101).

Libertad y determinismo constituyen dos elementos propios de la novela picaresca, presentes ya en el *Lazarillo* y en las demás del género. Su presencia es la consecuencia lógica de las tensiones y distensiones permanentes entre individuo y sociedad, dicotomía esencial que hace posible la misma picaresca en la novelística moderna.

DANIEL EDUARDO ZALAZAR

Santiago del Estero, 435-S., 2.° piso
Dpto. B. SAN JUAN (ARGENTINA)

---

(37) Francisco de Quevedo: *Historia de la vida del Buscón, llamado Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños,* en *La Novela Picaresca Española,* estudio preliminar, selección, prólogos y notas por Angel Valbuena Prat, Ed. Aguilar, 4.ª ed., Madrid, 1962, pp. 1085-1086. (En adelante citaré esta obra así: *E. B.)*